

Óscar Herradón

Espías de Hitler



Las operaciones secretas
más importantes y controvertidas
de la segunda guerra mundial

Luciérnaga



Óscar Herradón

Espías de Hitler

Las operaciones secretas más importantes y controvertidas
de la segunda guerra mundial



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Óscar Herradón Ameal, 2016

Primera edición: junio de 2016

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Luciérnaga
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-03-7
D. L.: B. 6.744-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

A modo de introducción	13
Capítulo 1. Los servicios de inteligencia de Gran Bretaña	19
Capítulo 2. Los servicios secretos del Tercer Reich	59
Capítulo 3. Operaciones de los servicios de inteligencia alemanes	107
Capítulo 4. Bletchley Park. Rompiendo el código Enigma	129
Capítulo 5. Eddie Chapman, el agente ZigZag	145
Capítulo 6. La Orquesta Roja y el espionaje soviético	193
Capítulo 7. La caída del Gran Jefe y otras redes soviéticas	225
Capítulo 8. Sorge. El espía del siglo	259
Capítulo 9. Orquestando el Día D. Los secretos del desembarco de Normandía	295
Capítulo 10. Operación Valkiria. La caída de la Abwehr de Canarias	329
A modo de epílogo	363
Bibliografía	375
Agradecimientos	379

LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA DE GRAN BRETAÑA

*«En tiempos de guerra la verdad es tan valiosa que siempre
debe ir acompañada de una escolta de mentiras.»*

WINSTON CHURCHILL

Es fundamental entender cómo funcionaban los servicios de inteligencia de ambos bandos antes de penetrar de lleno en las operaciones secretas clave de la segunda guerra mundial. El origen de la comunidad británica de espías se puede rastrear hasta 1909, con la creación del Departamento del Servicio Secreto —Secret Service Bureau—. No obstante, ya en el siglo xvi, bajo el reinado de Isabel I, la Reina Virgen, Francis Walsingham creó el que está considerado, junto a la Santa Alianza vaticana, el primer servicio de inteligencia moderno, formado por multitud de agentes al servicio de Su Majestad que luchaban principalmente contra Felipe II y la política de la Santa Sede.

El Secret Service tal como hoy lo conocemos nació como respuesta, curiosamente, también a la amenaza alemana, que alcanzaría su punto álgido en los primeros meses de la segunda guerra mundial: los británicos temían a la Alemania imperial y, con el fin de garantizar una vigilancia más estrecha de los supuestos espías que podían llegar al país, se creó el organismo, que además debía recabar información sobre las intenciones políticas y militares del káiser Guillermo II.

El recién creado departamento estaba formado por dos secciones. La Sección Interna, bajo el control del capitán Vernon Kell, tenía como cometido contrarrestar la actividad del espionaje hostil —principalmente alemán— en el país; esta rama, con el tiempo, se convertiría en el MI5 o Servicio de Seguridad, nombres que aún conserva a día de hoy.

Después estaba la Sección Exterior, al mando del capitán Mansfield Smith-Cumming, que debía obtener información en el extranjero sobre los enemigos potenciales de Inglaterra y que se transfor-

maría más tarde en el MI6 o Servicio Secreto de Inteligencia —SIS por sus siglas en inglés—.

En los años previos al estallido de la primera guerra mundial, la Sección Interna de Kell consiguió infiltrarse en todas las redes de espionaje que los alemanes habían desplegado en el país, deteniendo a varios espías y dejando actuar a otros —que siguieron operando bajo estrecha vigilancia— hasta el inicio de las hostilidades, momento de mayor tensión en el que se detuvo rápidamente a veintinueve de los veintidós agentes enemigos que seguían en libertad.

Según se recoge en el libro de John Court Curry,* aquel golpe desbarató por completo el servicio secreto alemán, que no volvería a actuar con eficacia hasta 1915, una eficacia que, no obstante, sigue en entredicho, puesto que los alemanes intentaron infiltrar a una serie de agentes bastante mediocres que la mayoría de las veces eran detectados gracias a las estrictas normas que existían para el control de viajeros, que reforzó una rama del MI5 encargada de la vigilancia de los puertos. El espía que lograba burlar ese primer escollo debía enfrentarse a un sofisticado departamento de censura postal que controlaba con rigor las misivas que pudieran contener escritura cifrada —mediante códigos o tintas invisibles— y la correspondencia enviada a direcciones sospechosas en el Viejo Continente.

El final que esperaba a los agentes capturados era diverso, aunque nada halagüeño en ninguno de los casos, desde la deportación o el internamiento hasta la pena capital. Los juicios y condenas de los espías alemanes no siempre se hacían públicos, una treta no demasiado ética, aunque válida en tiempos de guerra, que permitía al MI5 sacar provecho: los superiores alemanes de estos agentes continuaban enviando dinero y órdenes creyendo que se hallaban en libertad. Aquello sirvió al servicio secreto para intentar engañar al enemigo haciéndole creer que sus espías seguían operativos, una decisión que sería precursora de un eficiente sistema de agentes dobles en la segunda guerra mundial.

Por tanto, el éxito de los ingleses en el campo del espionaje durante la Gran Guerra sería mayor que el de los alemanes, lo que explica en gran parte su victoria. A pesar de sus logros, lo que aseguró la continuidad del MI5 y del MI6 tras el cese de las hostilidades, los departamentos secretos vieron reducidos su personal y sus fondos

* COURT CURRY, John: *The Security Service 1908-1945: The Official History*. Public Record Office, 1999.

durante la posguerra. Ya entonces surgieron los problemas entre ambas ramas, al no estar bien definidas sus responsabilidades específicas, lo que provocó que emprendieran operaciones en las que invadían el terreno del otro, rivalidad que surgiría con fuerza en tiempos de la siguiente contienda y que se agudizaría con la creación de otros departamentos secretos en la lucha contra los nazis.

Durante el período de entreguerras, el departamento principal del MI5 dedicado al contraespionaje sería el conocido como Rama o División B, que a partir de 1929 estuvo dirigida por Oswald Allen Harker, más conocido como brigadier Jasper Harker. A finales de 1938, con desafíos cada vez mayores de Hitler a las democracias, el departamento estaba dividido en una serie de secciones encargadas de la seguridad interna de las fuerzas armadas, el espionaje comunista y soviético —que a los británicos preocupaba casi más entonces—, el espionaje alemán, el Partido Nazi, los partidos fascistas británico —liderado por Oswald Mosley— e italiano y el espionaje japonés.

Por aquel entonces, el adjunto de Jasper Harker era Guy Maynard Liddell, quien cada vez tendría más poder y sucedió en el cargo a Harker en 1940, con la llegada de Winston Churchill a Downing Street, en los momentos más delicados de la historia británica del siglo xx. Liddell sería el superior de uno de los hombres clave de la historia que vamos a contar, T. A. Robertson, que dirigiría la Sección B1A, uno de los departamentos clave de la guerra clandestina.

Durante la preparación de la invasión de Gran Bretaña por el Tercer Reich, en el marco de la operación León Marino, a partir de 1940, la vigilancia del MI5 dio sus frutos y, empleando toda una serie de informantes, agentes infiltrados, censura —combinada con una efectiva propaganda negra— e interceptación de transmisiones y señales, se neutralizó la amenaza, muy preocupante, de una quinta columna* en el interior del país. Fue sin duda fundamental para el

* La expresión «quinta columna» es atribuida por primera vez al general franquista Emilio Mola, quien la utilizó durante una intervención radiofónica en 1936, cuando las tropas golpistas avanzaban hacia la capital en la guerra civil española. Mola señaló, sin duda para generar temor en los resistentes, que mientras bajo su mando cuatro columnas iban camino de Madrid, una quinta columna formada por simpatizantes del Alzamiento, dentro de la capital, trabajaba clandestinamente a favor de la victoria del bando nacional. Desde entonces, la expresión se usa para designar, en el marco de un enfrentamiento bélico, a un sector de la población que mantiene lealtad al bando enemigo,

éxito el hecho de que Inglaterra no constituyese un objetivo relevante para los servicios secretos alemanes en los años de entreguerras, puesto que la Abwehr, dirigida por Wilhelm Canaris, dedicó la mayor parte de su atención entonces a los Balcanes, España y los países más próximos a Alemania, que serían los que caerían bajo la guerra relámpago de la Wehrmacht, las fuerzas armadas unificadas de la Alemania nazi, a partir de otoño de 1939.

Aun así, se reclutaron algunos agentes que operarían en el interior del territorio inglés; sin embargo, aquellos espías, como veremos un poco más adelante, caerían en la trampa del propio MI5 y de Tar Robertson y su Sección B1A.

En las entrañas de los servicios secretos

El servicio de seguridad de transmisiones había empezado a captar las señales de la Abwehr, el servicio secreto alemán, en agosto de 1940, gracias a la labor del primer agente doble que hacía creer a los alemanes que trabajaba para ellos cuando en realidad pasaba información a los británicos. Arthur Owens, conocido por el nombre en clave de agente Snow, había facilitado un radiotransmisor y unos códigos a los descifradores para comenzar a trabajar; al cabo de no mucho tiempo, los criptógrafos de Bletchley Park, en la denominada Estación X, comenzaron a poder interpretar el cifrado de la Abwehr: su código normal. En diciembre, otro equipo que trabajaba en la campaña inglesa, lejos de miradas indiscretas y dirigido por el excéntrico Dillwyn Knox —más conocido como Dilly—, descifró asimismo el código empleado por Enigma, la máquina de cifrado portátil utilizada para las codificaciones secretas por los alemanes. Después me detendré en ella y en el apasionante trabajo de estos genios de la criptografía y las matemáticas que, a partir de entonces y hasta el final de la guerra, permitieron a los servicios de inteligencia británicos interceptar y leer de forma ininterrumpida el tráfico de información radiotransmitido por sus homólogos alemanes, cuando éstos creían que sus códigos de seguridad eran invulnerables. Ocultar aquella fuente de información fue vital, un tráfico interminable de

formado por personas susceptibles de colaborar de diversas formas con el adversario. En la segunda guerra mundial se utilizaría mucho la alusión a ésta para sembrar el caos entre la población tanto en uno como en otro bando.

mensajes que sería bautizado como Ultra —o fuentes ultrasecretas—. Uno de los más delicados trabajos de inteligencia aliada durante la segunda guerra mundial cuyo uso permitió sin duda un gran avance contra Hitler.

Gracias a Ultra, la mayoría de los espías que aterrizaban en el Reino Unido eran rápidamente interceptados. Estos «espías de invasión» eran capturados prácticamente al momento de su llegada al país enemigo, encarcelados de inmediato y algunos de ellos ejecutados. Otros serían convertidos en agentes dobles gracias a una ingeniosa idea de varios de los hombres más brillantes al servicio del MI5. En el punto más álgido del pánico a una invasión de las islas Británicas, en el marco de la operación León Marino, orquestada por la Wehrmacht, y a la penetración de una quinta columna gracias a los espías que lograban infiltrarse entre la población inglesa, el oficial de caso del MI5 que se encargaba del agente Snow, el citado Tommy *Tar* Robertson, se dirigió a su comandante en jefe, Dick White, y lo convenció de que un espía muerto no podía ser usado en su propio beneficio.

En cambio, un espía capturado podía ser convencido de engañar a sus jefes alemanes a cambio de salvar su propia vida y trabajar para los británicos. Es más, con el tiempo, y como sucedería también con Eddie Chapman, alias ZigZag, un agente doble podía resultar muy útil para facilitarle desinformación al enemigo. De hecho, esto sería vital para que se llevaran a cabo con éxito algunos de los más geniales engaños orquestados durante la guerra y que recordaremos llegado el momento.

Así nacería el que acabó siendo bautizado como «sistema de la Doble Cruz», por un juego de palabras con el nombre del organismo secreto que supervisaría la transformación de los agentes dobles: el llamado Comité XX (así, con números romanos). La propuesta original fue, una vez más, del visionario Tommy Robertson. Todo el mundo conocía a Thomas Argyll Robertson como Tar por sus iniciales. Nacido en Sumatra en 1909 e hijo de padres británicos, estudió en Charterhouse y Sandhurst para después ingresar en el histórico regimiento escocés de caballería, los Seaforth Highlanders, y trabajar más tarde en un banco.

En 1933, de la mano de Vernon Kell, primer director general del MI5, pasó a trabajar en inteligencia. Tenía veinticuatro años y gracias a su habilidad para confundirse entre la gente y obtener información de cualquiera, hasta en los sitios más insospechados,

pasó a ocuparse de la subversión política, el tráfico de armas y el contraespionaje, destacando por su extravagante forma de vestir: solía llevar puestos los característicos pantalones a cuadros escoceses que lucía su antiguo batallón, en palabras de Ben Macintyre, «una decisión vestimentaria extrañamente conspicua en alguien que dirigía una de las organizaciones más secretas del mundo». Por ello, además de Tar, lo conocían con el ingenioso apodo de Calzoncillos de Pasión.

Su propuesta sobre la utilización de espías extranjeros como agentes dobles fue transmitida a Guy Liddell, director de la División B, la rama dentro del MI5 dedicada a la contrainteligencia, quien la aprobó y pidió a su vez la consiguiente aprobación del gobierno. Una vez obtenida, Robertson fue nombrado director de una nueva sección que pasó a conocerse bajo el enigmático nombre de B1A; su cometido sería captar espías enemigos y convencerlos de convertirse en agentes dobles. A su vez, se creó una organización directamente vinculada a la B1A y formada por representantes de las más altas jerarquías de los servicios de inteligencia militar y de las fuerzas de seguridad del Estado. Su misión: evaluar la información, verdadera o falsa, que se le proporcionaría a los alemanes a través de los agentes dobles, quienes serían debidamente adiestrados en el secretísimo Campo (*Camp*) 020.

El Comité XX, como grupo de control, fue dirigido por John Cecil Masterman, un gran intelectual típicamente inglés con un fuerte sentido del deber moral. Pertenecía a los clubes más importantes de Londres, jugaba al tenis en Wimbledon, al hockey y al críquet, que era para él una auténtica obsesión. En 1914, tras titularse como profesor en Christchurch, fue enviado a un curso de formación en Alemania. Allí le pilló el estallido de la primera guerra mundial, siendo internado en una prisión durante el resto de la contienda. Patriótico hasta la médula como era, durante años tuvo una espina clavada por no haber podido estar en primera línea de batalla ayudando a sus compatriotas. La ocasión le llegó a los cincuenta años, cuando le ofrecieron incorporarse al MI5: estalló la segunda guerra mundial y pudo demostrar su valía.

Elitista y gran erudito, era célebre además por sus novelas policíacas, que escribía en su tiempo libre y que estaban ambientadas en una imaginaria universidad de Oxford y protagonizadas por un detective británico aficionado, claramente deudor del Sherlock Hol-

mes de Conan Doyle. Según Hugh Trevor-Roper, el historiador que también trabajó para la inteligencia durante la guerra, John Masterman era «un hombre que analizaba meticulosamente las motivaciones de los hombres, y que resolvía con gran paciencia el enigma del contraespionaje, como si se tratara de un complicado crucigrama». Algo de esto tenían también sus novelas.

En palabras de Macintyre, el MI5 reclutaba a sus miembros mediante «el informal método del amiguismo», y Tar Robertson, con la ayuda de su asistente, el abogado londinense John Marriott, reunió rápidamente un equipo de aficionados muy capaces que darían forma a la Sección B1A: un ecléctico grupo que incluía abogados, profesores, industriales, algún artista, un marchante de arte e incluso un poeta.

Su primera sede se emplazó en un rincón requisado de la prisión de Wormwood Scrubs para después trasladarse a un lugar más adecuado, amplio y acondicionado: una elegante casa en el número 58 de Saint James's Street, en Mayfair. Una vez que eran interceptados, los espías alemanes eran trasladados hasta el citado Camp 020, la prisión militar secreta en la que después penetramos, antes de pasar a ser entrevistados por Robertson y sus agentes de control.

Aunque algunos fueron enviados al cadalso, lo cierto es que casi todos ellos, salvo los nazis más radicales, aceptaban colaborar, por diferentes razones: el miedo, la desesperanza y también la búsqueda de emociones fuertes. En la primera guerra mundial, aquellos que se negaron a volverse «del revés», como se decía en la jerga del espionaje, lo pagaron con sus vidas, como fue el caso de Carl Frederick Muller, acusado de culpable de espionaje y ejecutado en la Torre de Londres el 23 de junio de 1915.

Volviendo a retomar el caso de Arthur Owens, el agente Snow, este ingeniero electrotécnico con contactos profesionales en el continente, pasó a trabajar para los alemanes, que lo enviaron a Inglaterra, pero allí fue interceptado, a mediados de los años treinta, por la inteligencia. Cuando sus controladores británicos tuvieron conocimiento de la relación de éste con la Abwehr —en alemán, «defensa»— y la importante información que podía filtrarles, lo reclutaron como agente doble, al igual que sucedería más adelante con otros grandes personajes que engrosan estas páginas. En septiembre de 1938, Owens informó a sus superiores de que los alemanes lo habían nombrado nada menos que agente jefe en el Reino Unido, y le

habían entregado un transmisor-receptor de onda corta que éste a su vez dio al MI5.

Sin embargo, y como sucederá en el caso de todos los agentes dobles, la duda rodeará siempre su figura... ¿eran realmente leales? ¿A qué causa? En agosto de 1939, Snow viajó a Hamburgo para reunirse con sus contactos de la Abwehr, una ausencia que, increíblemente, su familia aprovechó para denunciar al propio Owens ante la policía como agente alemán, quizá porque desconocían su trabajo para los servicios secretos ingleses.

A su regreso a Gran Bretaña, el espía no fue detectado por las autoridades portuarias y permaneció «en la sombra» durante dos semanas, hasta que, justo un día antes de que Inglaterra declarase la guerra a la Alemania de Hitler, el 2 de septiembre de 1939, Snow hizo una llamada a la Rama Especial para ofrecer de nuevo sus servicios. Volvieron a aceptarlo a pesar de la comprensible desconfianza sobre su lealtad, y después realizaría varios viajes a Bélgica, un país neutral, para reunirse con sus colaboradores alemanes. En una ocasión fue acompañado de otro agente doble, Gwilym Williams—alias GW—, que se hizo pasar por nacionalista galés y fue reclutado por los oficiales de la Abwehr, que lo adiestraron para que, en su regreso a Inglaterra, realizase sabotajes.

Sin embargo, la andadura de Owens volvió a bordear el desastre. En abril, iba a encontrarse con los alemanes en una embarcación, misión que hubo de abortarse después de que otro agente del MI5, al que Snow debía filtrar, sospechara también que trabajaba para el enemigo. ¿Lo hizo realmente? Jamás se ha esclarecido. Sin embargo, el servicio secreto inglés aún pudo mantener la tapadera de Owens: en julio, un agente del MI5 de nombre en clave BISCUIT se reunió con el enlace de Owens en Lisboa, excusándose por el encuentro frustrado en el mar. Una vez más, los alemanes volvieron a confiar en Snow y le pidieron que adquiriese documentos de identidad ingleses, lo que indicó al servicio secreto que la Abwehr realmente se proponía infiltrar nuevos agentes en las islas, algo que se confirmaría más tarde por las transmisiones de radio de prueba efectuadas desde el norte de Francia como ensayo para el uso clandestino de receptores en Inglaterra y que fueron interceptadas.

Ya he señalado que con la ofensiva contra Inglaterra, en otoño de 1940, para allanar el camino de la operación León Marino, varios agentes enemigos fueron enviados al país, la mayoría con poca

experiencia, y fueron detenidos para pasar a formar parte del sistema de la Doble Cruz. Alemania no había previsto un escenario en el que fuera a precisar obtener amplia información política y militar secreta desde el interior del país enemigo. Craso error. El sistema de la Doble Cruz permitió la detención de todos los agentes alemanes enviados al Reino Unido, la obtención de códigos cifrados vitales para ganar la guerra y la posibilidad de enviar información falsa a los servicios secretos y al Alto Mando germanos, treta que llevarían a cabo los servicios secretos incluso en la preparación de la operación Overlord («señor supremo»), el desembarco de Normandía, en junio de 1944.

Pero no adelantemos acontecimientos. Entre primeros de septiembre y el 12 de noviembre de 1940, llegaron a Inglaterra catorce agentes enemigos —diez lo hicieron por mar y cuatro lanzándose en paracaídas—. Otros nueve se entregaron a las autoridades a su llegada, frustrando una vez más los planes de la Abwehr. Cinco fueron juzgados y ejecutados; doce encarcelados, uno se suicidó y tres se convirtieron en agentes dobles al servicio del MI5 como había hecho Arthur Owens, entre ellos Wulf Schmidt, alias Summer, que tenía orden de sus superiores de ponerse en contacto una vez pasara al país con el agente Snow.

Volviendo al momento en que nace la organización que se encargará de convertir y adiestrar a los agentes dobles, en octubre de 1940 se celebró una reunión a la que asistieron los principales miembros de la inteligencia británica. En la misma, se decidió crear un nuevo organismo, conocido como Comisión W, cuyos objetivos eran:

1. Mantener a nuestros agentes lo suficientemente bien abastecidos de información precisa a fin de que el enemigo no pierda la confianza en ellos.
2. Controlar el mayor número posible de agentes establecidos en el país, para dar la sensación —al enemigo— de que está cubierto el terreno y no necesita enviar más [agentes], cuya llegada pudiese pasarnos desapercibida.
3. Engañar al enemigo a gran escala llegado el momento mediante el cuidadoso control de esos agentes y un estudio detenido de los cuestionarios [que les enviasen los alemanes].

Aquella tarea sería supervisada por el citado Comité XX, formado por representantes del SIS, las direcciones de los servi-

cios de inteligencia, el cuartel general de las Home Forces, el ejecutivo del Ministerio de Defensa y el MI5, con el nombramiento de Masterman y Marriott como presidente y secretario respectivamente.

Su principal labor, además de reclutar, adiestrar y controlar a su red de agentes dobles, sería determinar qué material informativo de bajo nivel, aunque auténtico —para dar verosimilitud a sus tapaderas—, se le debía facilitar al enemigo para consolidar la reputación de los agentes, y qué informaciones falsas había que transmitirles. En este caso, el más efectivo de los agentes sería el español Juan Pujol, alias Garbo, cuya red de espías ficticios brindaría auténticos éxitos a los aliados.

No obstante, la cuestión fundamental a la que debía enfrentarse el comité en un primer momento fue si los agentes dobles debían ser utilizados en el contraespionaje o en el engaño, por lo que se tomó la importante decisión de crear un sistema coordinado de inspección y supervisión —cada agente dispondría de su oficial de control, papel fundamental para el buen funcionamiento del sistema de la Doble Cruz—. Una vez que se fueron superponiendo capas de información, desinformación, propaganda camuflada, comunicaciones falsas... que se debían transmitir, los funcionarios del MI5 y de la Sección B1A se enfrentaron a una tarea abrumadora. Sin embargo, disponían de una importantísima baza gracias a las labores realizadas en Bletchley Park: podían descifrar los comunicados de radio alemanes, por lo que surgía la gran oportunidad de interpretar los mensajes cifrados que intercambiaban los funcionarios del servicio secreto alemán, a pesar de que el engaño solía ser una práctica imprecisa.

El SIS tenía en Bletchley un Centro Oficial de Códigos y Claves —Government Code and Cypher School, GC&CS—, cuyos expertos, al mando del funcionario Oliver Strachey, responsable del manejo del material de espionaje alemán, consiguieron descifrar el código básico de la Abwehr en 1940, y grosso modo —después nos detendremos en ello—, un año después se descifró el código Enigma empleado entre Berlín y los diversos puestos destacados de la Abwehr en Europa, lo que brindaba a los aliados una ventaja de incalculable valor para ganar la guerra, cayendo en sus manos muchos de los secretos más íntimos del espionaje alemán, un barómetro de fidelidad impecable para calibrar lo que pensaba el enemigo y los pasos que darían los ejércitos de Hitler.

Los mensajes de radio descifrados de la Abwehr, con el nombre en código de material ISOS —abreviatura de Intelligence Service Oliver Strachey, Servicio de Inteligencia Oliver Strachey, por el citado oficial—, serían de importancia capital para evitar la invasión de Inglaterra y más tarde para orquestar las incursiones aliadas del Norte de África y de Normandía. También eran importantes las interceptaciones y el trabajo de seguridad realizado por el MI5 con la ayuda de la inteligencia de señales. Por su parte, la ultrasecreta Sección V era el departamento encargado de controlar a los agentes enemigos que estaban actuando contra Gran Bretaña.

No obstante, a veces las competencias del MI5 y del SIS llegaban a confundirse, lo que provocaba auténticos enfrentamientos entre sus diferentes servicios aun a merced de la causa común contra Hitler, al igual que sucedería en Alemania entre la Abwehr y el SD*. Michael Howard** señala que la diferenciación entre sus responsabilidades consistía en que, en términos generales, «El MI5 era responsable del contraespionaje dentro del Reino Unido y del Imperio, incluidos Egipto y Palestina; mientras que el MI6 tenía encomendada la tarea de recoger todas las informaciones secretas de contraespionaje en países extranjeros. Fue en la Sección V en la que la dirección del MI6 delegó la responsabilidad de la seguridad del ISOS, y sus funcionarios consideraron que su deber los obligaba a facilitar al MI5 sólo las informaciones interceptadas de la Abwehr y de otras fuentes que pareciesen estrictamente relevantes para el ejercicio de sus funciones dentro del Imperio y del Reino Unido.»

El Gabinete de Guerra

A finales de 2014, durante un viaje a Londres, tuve ocasión de visitar una exposición permanente en un lugar abierto por vez primera al público en 1984, con motivo del cuadragésimo aniversario del Desembarco de Normandía —y que ha sido ampliado en varias ocasiones—, que lleva al visitante tras los pasos del Gabinete de Guerra de Winston Churchill. La muestra, con el nombre de Churchill War Rooms, se encuentra en el subsuelo del Whitehall, en el mismo lugar

* *Sicherheitsdienst*, Servicio de Seguridad e Información del Partido Nazi, compuesto totalmente por miembros de las SS, creado oficialmente en 1942.

** HOWARD, Michael: *British Intelligence in the Second World War*, Volume 5. HMSO, 1990.

—aunque claramente reformado— donde el gobierno británico mantuvo su centro de operaciones mientras la capital británica era bombardeada sin cuartel por los aviones de la Fuerza Aérea alemana (Luftwaffe) y donde los hombres más prominentes de Gran Bretaña permanecerían ideando planes, controlando una amplia red de espionaje, orquestando propaganda negra y operaciones de engaño y consultando continuamente mapas sobre estrategias militares mientras recibían llamadas y teletipos de la Europa ocupada.

Fue una experiencia fascinante penetrar en el lugar que un día fuera el búnker de Churchill, como en Berlín se hallaba el de su eterno antagonista, Adolf Hitler, donde, si uno no cree en versiones alternativas, el líder nazi se quitaría finalmente la vida el 30 de abril de 1945. Eso sí, mientras el Führer permanecía a salvo de las explosiones —no así de sus delirios místicos y de una salud cada vez más deteriorada— en un recinto acorazado, el equipo inglés tan sólo se cobijaba a apenas tres metros bajo tierra. Eso fue lo primero que me sorprendió al atravesar la puerta de entrada a la exposición y bajar las escaleras: lo cerca del exterior que se hallaba la «fortaleza» del War Cabinet.

Sin embargo, el hecho de encontrarse a una distancia tan pequeña de la superficie no implica que no estuviera profundamente protegido. Es más, aquél fue el lugar más secreto de toda Inglaterra durante los años que duró la guerra. El enemigo no conocía su ubicación, y desde luego el ciudadano de a pie que huía de los bombardeos cuando sonaban las sirenas antiaéreas no tenía la menor idea de que sus dirigentes, incluido el orondo Churchill, se hallaban trabajando contra el enemigo a apenas unos metros bajo el suelo de Londres. Una filtración de información sobre un asunto tan delicado podría haber sido fatal para el gobierno de coalición creado ex profeso para luchar contra Hitler.

A pesar de la gran luminosidad y cuidado mantenimiento de las estancias, de las «habitaciones de guerra», cuando uno baja apenas un piso y, tras adquirir una entrada, penetra en aquel refugio subterráneo, no puede dejar de sentir una cierta claustrofobia que, sin duda, en los días en que el centro de la City era bombardeado sin cuartel y la electricidad no sólo escaseaba sino que en muchos casos era inexistente, debía de ser mucho mayor para los que allí trabajaban, comían y dormían.

Nada más entrar a las Churchill War Rooms, a la derecha, uno se topa con una imponente sala de reuniones, sin duda restaurada a

conciencia, donde los altos mandos, con el primer ministro a la cabeza, tomaban las decisiones militares y políticas más delicadas en tiempos de guerra. A pesar del silencio reinante, sólo quebrado por la charla curiosa de otros visitantes y los flashes impertinentes de las cámaras fotográficas y los smartphones, no era difícil imaginar el bullicio generado siete décadas atrás por aquellos hombres que, sin alzar demasiado la voz —lo que no sería muy del gusto británico—, casi murmurando, debían escucharse los días en los que una decisión podía cambiar el rumbo de la contienda. Una estancia enrarecida por el aire del encierro y los cigarrillos humeantes que pugnaban con el humo, aún más espeso, de los puros que saboreaba Churchill —fumar era un signo de distinción y virilidad entonces, y el Premier era un gran fumador, también un refinado bebedor y un amante de la buena mesa—. Era una lograda e impactante recreación de bienvenida al visitante —aunque impresionan aún más los cazas y aviones de combate que cuelgan, eso sí, bien sujetos, sobre las cabezas de aquellos que se acercan al Imperial War Museum, donde nos da la bienvenida un imponente cañón en el jardín de entrada—, pero lo mejor aún estaba por venir.

Quien esto suscribe tuvo la sensación de viajar en el tiempo durante unas horas y formar parte de aquella «liga extraordinaria» de hombres, a cuál más singular y metódico, que luchaban con denuesto y casi hasta la extenuación, hora tras hora y día tras día, con parte de sus noches, para doblegar al régimen asesino de la esvástica.

Unos pasos más adelante, tras observar un acceso en el suelo donde se encontraba el refugio antiaéreo —un túnel dentro del túnel, más claustrofóbico todavía— se accede a una pequeña exposición —previa a una exhaustiva muestra dedicada exclusivamente a la figura de Winston Churchill—, y justo accediendo a dicha sala, a mano derecha, se encuentra el denominado «Cuarto del Teléfono», una de las habitaciones más importantes del complejo subterráneo. Allí, el primer ministro, armado siempre con su puro y su taza de té —o una copa de buen coñac, el jefe es el jefe—, tenía línea directa transatlántica con su homólogo norteamericano, el presidente de Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt, del que sería gran amigo y un apoyo fundamental en la lucha contra el Eje.

En la Sala del Gabinete, una nota sobre la escribanía utilizada por el primer ministro inglés rezaba: «No existe posibilidad de una derrota», y esa fe inquebrantable en su propio destino y en la de su

pueblo fue, a modo casi de revelación, fundamental para aguantar el bloqueo alemán, los bombardeos y finalmente comenzar a avanzar en la derrota del Tercer Reich.

Mientras duró la guerra en Europa, de septiembre de 1939 a mayo de 1945, la conocida como Sala de Mapas o Centro de Planificación, que sirve de punto y final de este sorprendente recorrido, funcionó a pleno rendimiento durante las veinticuatro horas del día y en aquellos enormes y detallados planos colocados sobre las paredes, las banderitas marcaban las variaciones de los frentes de batalla, los avances y los retrocesos de las tropas, etcétera. Puesto que el trabajo en el Gabinete de Guerra, en el corazón financiero de Londres, era vertiginoso y se hacía necesario estar en todo momento comunicado con el exterior, además del teléfono directo de Churchill existían otros múltiples que ofrecían líneas seguras de contacto. Debido a su variedad de colores —y utilidades— eran conocidos por los oficiales con el sugerente nombre de «Coro de Bellezas». Las decisiones tomadas en el interior de aquellas habitaciones secretas, así como en las sedes oficiales de los servicios secretos, fueron, muy probablemente, las que permitieron que se ganara la guerra contra la mortífera máquina hitleriana.

En los distintos departamentos de inteligencia se llevarían a cabo operaciones secretas que contribuirían a inclinar la balanza de la victoria, misiones que analizaremos con detenimiento —al menos algunas de ellas, pues fueron tantas que resultaría imposible recordarlas todas—, pero lo cierto es que las decisiones más trascendentales sobre el devenir de la contienda, la ayuda a los grupos de la Resistencia a los países ocupados o, ya hacia la mitad de la guerra, la decisión de realizar una invasión aliada de Europa, fueron tomadas en los sótanos del Whitehall, donde el mundo libre —al menos tan libre como lo permitían las democracias capitalistas— pendía de un hilo, y un teletipo con noticias nefastas podía minar la moral de todo un pueblo.

De ahí al armisticio forzoso había sólo un paso. No darlo era la auténtica determinación del Premier, que trabajaba hasta altas horas de la madrugada revisando informes, dando el visto bueno a operaciones clandestinas o consultando manuales de contrainteligencia, pues fue un apasionado del espionaje, arte que ayudó, y mucho, a combatir al enemigo.

Desde sus primeros años en los cuadros militares, Winston Churchill había prestado una gran atención al espionaje. Éste había

extraído una lección del fracaso de la campaña de Noruega, que le costó el puesto a su antecesor en el cargo, Neville Chamberlain, y una de sus primeras medidas como primer ministro fue precisamente asegurarse de que lo mantuvieran informado personalmente de todas las novedades relacionadas con los servicios de inteligencia. Leía sumarios y valoraciones con detenimiento y exigía examinar directamente los mensajes más importantes descifrados a los alemanes.

Según el historiador británico Andrew Roberts,* casi todos los días, C**, nombre en clave del director del servicio de inteligencia, enviaba a Downing Street una caja color beige que contenía una selección de los asuntos de mayor relevancia relacionados con el espionaje en tiempos de guerra. Los informes que contenía, llamados, como ya hemos dicho, Ultra —por *ultrasecret*—, se debían en última instancia al éxito de la Resistencia polaca y a los especialistas que trabajaban con ahínco en las secciones de criptografía en la campaña inglesa, que lograron descifrar el código secreto de la Wehrmacht, otro paso fundamental para ganar la batalla al nazismo.

Personalmente, Churchill se aseguró de que sólo 31 personas supieran que los aliados habían descubierto el código de Enigma, un grupo al que se le dio el nombre en clave de Bonifacio para hacer creer a los alemanes que se trataba de un único agente secreto de gran relevancia. A tal punto llegó el secretismo impulsado por el primer ministro inglés que parece que ni siquiera Hugh Dalton fue notificado sobre los informes Ultra. Dalton era el director del Departamento de Operaciones Especiales, personaje de gran calado al que el propio primer ministro había llegado a ordenar sin contemplaciones: «¡Prende fuego a Europa!».

Churchill tenía una mente abierta a iniciativas muy poco convencionales, por ello no debe extrañarnos que también recurriera a la contratación de astrólogos, ilusionistas y al consejo de místicos

* Roberts Andrews: *Hitler y Churchill. Los secretos del liderazgo*. Taurus, 2003.

** El origen de esta clave se halla en el apellido del primer director del MI5, sir George Mansfield Smith-Cumming, quien solía omitir «Smith» en sus comunicaciones ordinarias y solía firmar su correspondencia con la letra C de su segundo apellido en tinta verde, letra que se convertiría en el nombre en código para designar al máximo responsable del organismo y sucesivamente a los directores que ocuparon el cargo después.

para llevar a cabo su guerra contra Hitler. Siempre le habían fascinado los agentes secretos, el espionaje y los códigos indescifrables. Desde los tiempos en que desarrolló tareas de informador para el Ministerio de Asuntos Exteriores, actuando casi como espía, primero como suboficial en la India, después como corresponsal en la guerra de Cuba y más tarde en la guerra de los bóers, Churchill se cuidó mucho de impulsar sus relaciones con la inteligencia británica, un paso fundamental para alcanzar el primer puesto en el escalafón político décadas después.

En 1909, el futuro Premier desempeñó un papel fundamental en la creación del MI5 y a comienzos de la primera guerra mundial, preparó los estatutos para el servicio de descodificación del Almirantazgo, que llevaba el nombre en clave de «Sala 40». Todo ello sería una magnífica escuela de aprendizaje para su labor como primer ministro y su ataque a la Alemania nazi, dominando un campo fundamental para la resolución del conflicto. Era ya un experto en operaciones clandestinas cuando utilizó hábilmente el servicio secreto durante la guerra civil rusa, en la guerra submarina durante la Gran Guerra, e incluso durante la huelga general de 1926.

Es más, incluso en los tiempos en los que permaneció marginado de la política, tras la victoria aliada, sus estrechos vínculos con la inteligencia británica le permitieron mantener una red privada de espionaje que le resultó muy útil. En los años en que Stanley Baldwin era primer ministro y la posición de Gran Bretaña era la de mantener una paz a toda costa con la Alemania de Hitler, el oficial del Foreign Office Ralph Wigram filtraría documentos de alto secreto a Churchill, en su retiro en Chartwell; información privilegiada que le permitiría escalar posiciones políticas y advertir del serio peligro de rearme que estaba llevando a cabo el Tercer Reich ya en 1937. Su influencia llegó al punto de que, durante la guerra, por medio de un agente secreto y diplomático de nombre Alan Hugh Hillgarth, llegó a sobornar con éxito a varios generales del ejército franquista a fin de garantizar la neutralidad española en el conflicto, pues su entrada en la guerra a favor del Eje habría complicado mucho las cosas.

En una ocasión, Churchill llegaría a decir que «en tiempos de guerra la verdad es tan valiosa que siempre debe protegerse con un escudo de mentiras»; esas mentiras minuciosamente orquestadas se realizarían a través del PWE o Political Warfare Executive —Mando de Guerra Política—, muchos de cuyos papeles clasificados fueron descubiertos hace apenas unos años en una vivienda de Cam-

bridgeshire, olvidados por el tiempo. Dichos papeles, recuperados por el historiador Andrew Roberts, pertenecían a David Garnett, exdirector del Departamento de Formación del PWE —cuerpo clandestino responsable de la creación de propaganda blanca y negra—, quien en 1945 recibió de parte del entonces secretario de Exteriores inglés, Ernest Bevin, el encargo de escribir una historia secreta de la contribución del organismo al esfuerzo de guerra, todo ello en el marco del espionaje, que volvía a renacer en plena guerra fría.

Mucha de la correspondencia que Garnett intercambió con altos oficiales del Mando de Guerra no se incluyó en su dossier debido a que el código de *omertá* de dicho departamento (al igual que sus filiales como el MI5, el MI6, Bletchley Park o el SOE) era tan estricto que para muchos de sus oficiales el deber de guardar silencio respecto a sus actividades no terminó con el final de la segunda guerra mundial. Otra conflagración se avecinaba en el horizonte, aunque fuera una no declarada y no librada en los campos de batalla, al menos en el territorio de los dos principales países enfrentados. Los comunistas, aliados frente al nazismo, sustituirían ahora a los seguidores de Hitler como máxima amenaza para el Occidente «libre».

La guerra secreta: la Dirección de Operaciones Especiales (SOE)

La gran mayoría de las operaciones clandestinas e incluso los organismos que funcionaron tras las líneas durante la segunda guerra mundial, principalmente en Inglaterra, no fueron conocidas hasta bien entrados los años setenta, en virtud del Acta de Secretos Oficiales que hubieron de firmar todos aquellos que trabajaban para los servicios de inteligencia. La llegada de la guerra fría nada más terminar el conflicto hizo que dichos archivos se blindasen y muchos de los movimientos estratégicos que llevaron a cabo los aliados cuando el Tercer Reich ya estaba cercado en Berlín, incluido el saqueo de los archivos nacionalsocialistas y del Estado Mayor alemán —OKW— o el reclutamiento de los mejores científicos alemanes, permanecieron en la trastienda de la historia hasta tiempos recientes.

La Unión Soviética blindó todavía más su información sobre lucha clandestina e inteligencia, una guerra subversiva que, en el caso de grupos como la Orquesta Roja, se había iniciado precisamente para luchar contra los británicos cuando el pacto germano-soviético de 1939 hizo creer a Stalin que su mayor enemigo era pre-

cisamente el imperio de Su Majestad, olvidando que su entonces aliado Adolf Hitler soñaba desde sus primeros años al frente del Partido Nazi con la conquista del este y la aniquilación de eslavos y bolcheviques.

Ya hablaremos de eso llegado su momento, y del delicado tira y afloja entre Moscú y Berlín, que mientras intercambiaban información y materias primas, estaban gestando una lucha a vida o muerte. En el caso de Alemania y su información clasificada fue distinto. Al perder la guerra, y durante los juicios sumarísimos de Núremberg, salieron a la luz muchos de los entramados de inteligencia alemanes, así como operaciones secretas, torturas, crímenes indescriptibles en los campos de concentración... Muchos archivos y expedientes se perdieron, a causa del implacable bombardeo aliado sobre las ciudades germanas; además, las altas instancias nazis ordenaron a los oficiales que destruyeran los comprometedores archivos del Tercer Reich. Sin embargo, en la mayor parte de los casos estas destrucciones no se llevaron a cabo, debido a la incertidumbre y al acecho enemigo, lo que constituyó un filón documental para historiadores y periodistas las décadas subsiguientes.

Otros, por desgracia, se perdieron para siempre, y los más fueron, insisto, ocultados durante décadas por los soviéticos, que se hicieron con los archivos de la Alemania Oriental y también —aunque con más relajación— por los aliados norteamericanos y británicos, que tampoco querían facilitar el trabajo a sus nuevos enemigos. Muchas de las acciones relacionadas con el espionaje, la propaganda negra o la guerra sucia que utilizaron contra Hitler serían vitales en el complejo teatro de intereses creados que se planteaba sobre Europa.

Uno de los organismos principales de la «guerra secreta» que utilizaría Churchill para neutralizar a los nazis, tampoco fue dado a conocer a la opinión pública hasta los años setenta del siglo pasado. Pero ni siquiera entonces salió toda la información a la luz. Tan sólo en los últimos años parece que podemos entreverar todos los datos para recrear de forma bastante fidedigna lo que sucedió en aquellos momentos de extrema gravedad. El futuro de la humanidad dependía de ello. Libros como *The Secret History of SOE*, de William Mackenzie o *Secret Agent*, de David Stafford, entre otros, han contribuido a dar sentido a esta «guerra secreta» de capital importancia.